

Priscila
y el concurso
Minisuperchef

Gracia Iglesias



DiQueSí



A mi amiga Virginia M.L, que es una estupenda Sinforosa.



© Ediciones DIQUESÍ

© de la autora: Gracia Iglesias

Ilustraciones: Fátima Díaz-Ropero Olmedo

Edición: María J. Gómez Benito

Diseño: Estelle Talavera Baudet

novedad@edicionesdiquesi.com

www.edicionesdiquesi.com

ISBN: 978-84-121529-6-8

Depósito Legal: M-27922-2021

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2021

Impreso en España por Estilo Estigraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

Priscila
y el concurso
Minisuperchef



1

*Un volcán
en la cocina*



—... **Pasión y ¡creatividad!** *Sobre todo, creatividad: esa es la clave que diferencia a un buen chef de otro del montón...*

Las palabras del joven cocinero salían de la tableta apoyada en la encimera, haciendo que el corazón de Priscila se acelerase por momentos. Mientras se mordía nerviosa las uñas de la mano izquierda, desplazaba a toda velocidad el pulgar de la derecha sobre la pantalla de su móvil, saltando de una página a otra de internet en busca de la inspiración que necesitaba para crear su propia obra maestra culinaria.

Acababan de anunciar las fechas del *casting* para participar en la segunda edición del programa *Minisuperchef*, el gran éxito del momento en televisión. Y desde el ins-

tante en que lo supo, la mente de Priscila ya no pudo centrarse en otra cosa: ¡tenía que participar, y ganar, en aquel concurso!

Por suerte disponía de todo un mes para crear la gran receta que, sin duda, le permitiría participar en el programa. Que esa tarde, además, su madre estuviera en la oficina y su padre recogiendo al bebé en la guardería, le daba un buen rato para poder empezar a trabajar en su proyecto.

—A ver, a ver... Ummm, esto no tiene mala pinta... 4 huevos, 250 gramos de azúcar...

Con movimientos ágiles y precisos, iba de un lado a otro de la cocina reuniendo los ingredientes, sin despegarse del móvil ni por un segundo y esquivando a Rudi que, contagiado por su entusiasmo, se cruzaba entre sus piernas moviendo el rabo y ladrando nervioso.

—250 gramos de harina. ¿Dónde está la harina? ¿Será esto?

En el armario había dos botes de cristal con polvos blancos en su interior y sendas etiquetas medio borradas. Uno era grande y estaba prácticamente vacío; el otro, más pequeño, estaba lleno hasta arriba. Eligió el pequeño.

—250 gramos de chocolate, 250 gramos de mantequilla... ¿Dos sobres de gaseosa? ¿Desde cuándo la gaseosa

viene en sobres? Me parece que tenemos una botella, supongo que si echo un par de vasos, será igual. A ver...

Abrió la nevera y, ¡bingo! Allí estaba. Un litro entero del transparente y burbujeante refresco.

Cuando reunió todo lo necesario, comenzó a mezclar los ingredientes siguiendo los pasos de la receta.

—Y, por último, hornear a 180 grados... —leyó en voz alta.

De inmediato, su cara adoptó una mueca de disgusto. ¡El horno! No se había dado cuenta de ese «detalle». El horno de su casa llevaba roto más de un año. Claro, como ni a mamá ni a papá les gustaba cocinar...

Se quedó pensativa un rato. En una mano tenía el cazo donde había derretido el chocolate y preparado la mezcla, en la otra el molde de metal en el que pensaba verter la masa para cocinarla. Se le ocurrió usar el microondas; al fin y al cabo, también era un horno, ¿no?

¡No! De inmediato recordó que no podía meter un molde de metal en el microondas. ¡Menudo desastre armaría!

—No te quedes en la receta, ¡investiga!, ¡explora!, ¡experimenta! Inspírate en un plato tradicional y dale tu propio toque, ¡sin miedo! ¡No te pongas límites!

¡Eso es! ¡Tenía que experimentar!



Sin pensarlo dos veces, volvió a poner el cazo sobre la placa de inducción y presionó el botón para darle la máxima potencia. Como toque especial, decidió añadir a la mezcla unos cuantos copos de maíz de los que tomaba para desayunar y verter toda la gaseosa que había en la botella, para que la masa quedase más esponjosa. En ese momento, alguien llamó a su móvil.

—¿Mamá? No, papá no ha llegado todavía... ¿Yo? Bien... sí, sí, muy tranquila... Haciendo los deberes... ¡Que sí, pesada!

Mientras hablaba por teléfono, a sus espaldas, la mezcla puesta al fuego en la que, por error, había echado levadura en lugar de harina, comenzaba a crecer como si de un monstruo alienígena se tratase.

—¡Pero, pero! ¿Qué?

Su padre apareció en la cocina con el pequeño Serafín en brazos justo cuando el cazo entraba en erupción. De nada sirvió que Priscila intentara detener la catástrofe poniéndole una tapa... Más bien todo lo contrario: la situación empeoró, porque la lava pegajosa trataba de escapar por todos los resquicios y, al encontrar su salida bloqueada, la cacerola empezó a hincharse y a resoplar, hasta que, de pronto...

¡BUM!





Explotó con un vómito viscoso de espuma y chocolate. Petrificado, pálido y silencioso como una estatua, el hombre contemplaba la escena con el bebé en brazos y sin saber qué hacer ni qué decir. El chocolate que chorreaba por sus cabezas les daba el aspecto de una figura de pascua derritiéndose al sol.

—¡PRISCILAAAAAAAAAAAA!

Mamá acababa de llegar a casa. Es curioso, ella nunca se quedaba sin palabras.

—¡TE MATO! ¡YO TE MATO!

—Yo..., yo..., yo solo quería... —balbuceó la niña.

Trataba de encontrar una explicación que la sacara de aquel lío mientras, manchada de pies a cabeza, chapoteaba en la papilla pringosa que no dejaba de crecer y crecer.

A Rudi todo aquello le parecía muy divertido. Recorría la cocina de acá para allá moviendo la cola, dejando por todas partes sus huellas pringosas y lamiendo los muebles. Nada más ver a su ama recién llegada quiso compartir su diversión y se abalanzó sobre ella con las patatas embadurnadas de chocolate. Antes de que pudiera quitárselo de encima ya le había dado un tremendo lametón en la cara, estropeándole el maquillaje y dejándole la marca de la casa. Ahora sí, ahora ya estaban los cinco igual de sucios y parecían una verdadera familia.

—**¡FUERA DE AQUÍ! ¡TODOS!** —gritó la madre de Priscila hecha una furia.

Luego, lanzando una mirada fulminante a su hija, añadió:

—¡Y tú! ¡Castigada dos semanas!

—¡Dos semanas! ¡Pero mamááááá...!

—¡Ni mamá, ni nada! ¡Quince días sin internet, sin tele, sin móvil, sin tableta y sin salir con tus amigas!

—¡Mamááááá! ¡Te has pasado! ¡Dos semanas! ¡Cómo voy a poder...!

—¿Me he pasado? —Por un instante mamá dudó.

Tal vez dos semanas fuera demasiado por una travesura.

Pero antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, la tapa de la olla, que se había quedado pegada al techo, se soltó con un sigiloso «chop» y cayó sobre la placa de inducción, dando un tremendo golpetazo que la rajó por la mitad.

—**¡CASTIGADA UN MES!** ¡Y ni se te ocurra acercarte por la cocina!

2

Recreo y Tortilla



—Tierra llamando a Priscila. Tierra llamando a Priscila. ¿Me recibe? Cambio.

Amalia dio un pequeño empujón a su amiga, que estaba sentada en las escaleras del patio, con la mirada perdida en el infinito.

—¿Se puede saber qué te pasa? Llevas toda la mañana en las nubes. ¿No has oído el timbre? Vamos a llegar tarde a *mates*. ¡Vamos, levanta! —dijo mientras cogía a Priscila de las manos y tiraba de ella con fuerza para ayudarla a ponerse de pie.

Amalia no entendía qué le pasaba ese día a su mejor amiga. Apenas había hablado en toda la mañana, ni siquiera entre clase y clase, y se había pasado todo el recreo sentada allí, sin hacer nada, como un pasmarote.